

Equivalencia indígena Sudamericana

EL DIA

AÑO XXVII. — N° 1321.

MONTEVIDEO, MAYO 11 DE 1958

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PAISAJE DEL CATALAN CHICO.

(Fotografía de Jorge Chebataroff)

Un viejo y espinoso tala, y una tuna de amenazadoras espinas, cobijan bajo su sombra un rebaño de ovejas, en un cerro de cima redonda sobre el curso superior del arroyo Catalán Chico.

EQUITACION IN



Indios patagones levantando un campamento en las orillas del Río Negro (Según Alcides D'Orbigny).

Etnología de la doma —

La equitación es un arte y una técnica. Pero se la debe separar, porque así lo ha querido el hombre civilizado, de la vida ecuestre. En un nómada de a caballo equitación y existencia van unidas. Son la forma y el contenido de una actividad integral. Los hombres de las ciudades, en cambio, practicamos la equitación como deporte, minimizando notoriamente su valor operativo, dejando asimétrica su funcionalidad etnológica. Y con ello degradamos también al caballo que de músculo sustantivo se convierte en ostentación adjetiva, que de protagonista del drama cultural de la épica ecuestre se resigna a ser el pedestal de la hípica dominguera.

En el indio montado, como en el gaucho, el árabe y el mongol, la destreza del caballista iba pareja con la habitualidad del cabalgante: equitación y género de vida eran una misma cosa; jinete y hombre se condicionaban recíprocamente. El ser de a caballo y el andar a caballo constituían las razones equivalentes de una proporción cotidiana.

El indio de los llanos y las pampas de América al descubrir el caballo comprendió intuitivamente que su destino cambiaría. Pensó de inmediato en la revancha guerrera sobre el español, en la obtención de carne fresca, en el rápido e impune desplazamiento de las tribus, pero jamás pudo prever que su cultura entera sufriría un vuelco total. El caballo apareció como un medio y

se convirtió en un fin; indios y caballos se fundieron en un nudo centáurico, en una comunión biológica y espiritual de insospechada trascendencia.

Muchos aspectos tiene esta síntesis que convirtió ciertas zonas de América en un crisol de formas desmesuradas en el vivir y el morir. Uno de los más interesantes, empero, es el de la relación primaria entre el indio y su cabalgadura. El acto de la doma es, en efecto, una profesión de fe, un pacto entre fuerzas cósmicas, una definición existencial. El gaucho, que nace fuera del círculo de los caballos, doma afirmando su poderío sobre la bestia; es el hijo de Occidente, todo lo rebarbarizado que se quiera pero hijo al fin, que levanta sobre los cimientos de la naturaleza la arquitectura del hombre. Para él el contorno es un marco y el animal un servidor. Sobre el mundo físico instaura el mundo síquico; la naturaleza y sus reinos concéntricos están sojuzgados por la cultura, que es la flor del espíritu humano y el perfume de la tradición social. El indio, hombre en "estado de naturaleza" ya que no hombre natural (la distinción entre Naturvolker y Kulturvolker es sofisticada) tiene otra actitud ante el animal. No se cría lejos del caballo sino entre los caballos. La bestia es un deudo, un alter ego, un halo violento de su personalidad. No doma por lo tanto quebrando sino incorporando. Y para ello "aíndia" al caballo mientras él, paralelamente, se hipifica. Hombre, bestia y contorno son una misma cosa para su concepción del mundo. Sujeto y objeto se iden-

tifican en su gnoseología ingenua. Naturaleza y cultura laten con idéntico pulso en sus categorías mentales. Por eso el caballo indio tiene un tipo peculiar y un temperamento acorde al de su amo. Por eso el indio gira sobre la bisagra vital del caballo como la puerta sobre la charnela.

Alfredo Raymundo, al describir el caballo de los indios pampas en un artículo publicado en 1879, dice, certificando los caracteres de aquél: "Cuando en una tropilla vean un animal membrudo, agachado, trístón, charcón, cabezón, con la cruz alta, el pescuezo estirado, el encuentro ancho, el pecho desarrollado y el aire particularmente zozco y adormecido, digan con confianza: este es un caballo indio. Y si son un poco baqueanos en los asuntos fronterizos y que tengan amistad con el dueño de la tropilla, agreguen en el acto, para que no se adelante nadie: este es mi caballo de marcha. Si consiguen montarlo encontrarán un animal medio lerdo, de buen andar, torpe al freno del lado del lazo, bien enseñado de la boca del lado de montar, nada a propósito por cierto para jinetear y que poco honor les haría para pasear en una ciudad; pero que en un paseito de 200 leguas no mermará ni un instante y que al principio como al fin, no se presentará ni más ni menos zozco, ni más ni menos pesado, ni más ni menos agachado, resignado y valiente que en el momento que se montó".

Este animal sufrido, paciente e inacabable no ha sido domado con métodos semejantes a los usados por el hombre blanco. El indio no quiere bestias espectaculares para pavonearse sino aliados útiles para invadir y pelear, para atravesar las pampas inmensas, para soportar privaciones y galopar entre vizcacheras macedoras. No doma empleando el rigor de la espuela, el martirio del rebuque y la sorpresa del apretón de piernas súbito. Esto rompe el alma de la bestia dejándole en el fondo un relámpago de espanto que irrumpe en los momentos más inesperados, provocando el "desbocamiento". El indio amansa de modo plenario, sin dejar resquicios librados al terror biológico, instalando en todos los repliegues del instinto animal su presencia persuasiva. Domar para el indio es coexistir con la cabalgadura, así como vivir fue convivir con el potro. José Hernández, en su *Martín Fierro*, ha descrito muy bien el proceso de la domesticación:

*En el caballo de un pampa
no hay peligro de rodar.
jue pucha! y pa disparar
es pingo que no se cansa;
con prolijidá lo amansa
sin dejarlo corcobiar*

*Pa quitarle las cosquillas
con cuidado lo mamosea;
horas enteras emplea,
y, por fin, sólo lo deja,
cuando agacha las orejas
y ya el potro ni cocea.*

*Jamás le sacude un golpe
porque lo trata al bagual
con paciencia sin igual;
al domarlo no le pega,
hasta que al fin se le entrega
ya dócil el animal.*

Los indios de la Patagonia, sin embargo, no tan constanciados con el caballo como los de la Pampa, pues lo había recibido más tarde, utilizaban métodos más duros para la doma. A Guinard en su libro *Tres años de esclavitud entre lo Patagones*, da cuenta así del desbravamiento de los potros: "Para domarlos, los indios se apoderan de ellos de una manera muy brutal: una vez capturados con el lazo, los derriban en tierra para atarles juntas las patas a fin de poder pasarles sin dificultad por la boca una correa, que atan fuertemente, bajo el labio inferior, después de haberles tironeado las encías y los labios a fin de hacerles más obedientes a la presión de ese bocado muy flexible. Les ponen en seguida una silla y los hacen levantar, conteniéndolos entre dos, uno de las narices y una oreja, y otro por detrás mediante un nudo corredizo que le sujeta las dos patas; entonces el domador, armado de una larga correa de cuero crudo —trupas— especie de lonja muy dura y pesada que termina en un trozo de madera, destinada a golpear tan pronto los flancos como la cabeza del caballo, se lanza listamente sobre el animal. A una señal dada, los ayudantes con perfecta coordinación de movimientos, dan libertad al corcel, que frecuentemente parte como una flecha, no sin haber hecho buen número de corcovos y de haberse lanzado a uno y otro lado. Algunos resisten los prodigiosos esfuerzos que hacen sus netes por doblarles la cabeza a derecha e izquierda, y ruedan por tierra con ellos; pero, en general, por fogosa que sea su resistencia al comienzo, a los dos o tres días quedan suficientemente dóciles como para ser montados en pelo. Aproximadamente a los dos años y medio los doman de esta suerte los indios, y los someten a una prueba a fin de apreciar su velocidad; les hacen franquear, en un solo impulso, un espacio determinado; los que no alcanzan la meta con facilidad son juzgados impropios y condenados, sin misericordia, a ser comidos".

Pero esta técnica brutal, como ya se dijo, era la excepción. El indio domaba despacio, entradoramente. Domaba sin sangre, sin



Indios mocobies enlazando y pislando vacunos. (Según Florian Paucke).



Carretas de parejeros montados por muchachones y mocobies.

INDIGENA SUDAMERICANA

golpes, sin susto. No quería fletes atemorizados sino convencidos. No quería redomones resabiados sino compañeros pacientes, mansos y corajudos. "El caballo del indio —escribe Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios Ranqueles*— además de ser fortísimo es mansísimo. ¿Duerme el indio? No se mueve. ¿Es á ebrio? Le acompaña a guardar el equilibrio. ¿Se apea y le baja la rienda? Allí se queda. ¿Cuánto tiempo? Todo el día".

Ya del bagual arrogante nada queda. Cuando las tropillas se incorporan a la vida de las tolderías comienza el proceso de adaptación. Los potrillos y los gurises indios se crían juntos casi. Y después de domado el caballo se hace melancólico porque así lo determina el mutismo del indio. El indio nunca ríe y por eso su flete no caracolea. En cambio la risa jactanciosa del hombre blanco convierte al caballo en un compañero coscojero. El aura cultural que emana de dos sociedades diferentes otorga a las bestias distintos talantes. El indio, pragmático intuitivo, no quiere caballos que luzcan sino pingos que rindan. Y el caballo es entonces, como su sombra, como su doble inesperado y sigiloso.

Después de vencido definitivamente el indio se destribaliza y se convierte en un paria rural, en un desheredado de la tierra y sus bienes. Y con él el caballo se transforma en un campesino humilde. Tomás Guevara, en su *Historia de la Civilización de Araucanía*, nos ofrece esta vez pintura del eficaz caballito del indígena del campo meridional chileno: "Con la cola que llega hasta el muslo, las crines caídas sobre el cogote, con la cabeza inclinada pacientemente, se le ve recorrer largos viajes, atravesar ríos correntosos con la mayor facilidad, internarse por las sendas estrechas de los bosques, subir escarpadas alturas, descender por quebradas cortadas a pique. Por estar acostumbrado al trabajo, a salvar los obstáculos, se muestra valiente, dócil, sufrido, resistente; tiene inteligencia como el pobre que necesita luchar, como su amo, para conocer el terreno y vencer los peligros".

El caballo indio se hace caballo criollo e inaugura un nuevo capítulo de su vida. Ya lo examinaremos con más detención cuando hagamos la apología del flete que con su galope incansable forjó la patria chilena, la argentina, la venezolana, la uruguaya, y sustentó biológicamente los desmanes y acierros del caudillismo rural sudamericano.

Habilidades ecuestres —

No se crea, después de leído lo anterior, que el caballo del indio era un zonzo, como locarronamente lo califica Raymundo, o un manso consuetudinario, como parece des-

prenderse de la transcripción de Mansilla. Nada de eso. Era un caballo avisado, práctico, veloz cuando se le requería, dócil cuando era menester. Un caballo para las buenas y para las malas que no pregonaba su atavivencia pero que cumplía con sus múltiples cometidos en un mundillo elemental. El indio hacía prodigios con él y, a su vez, era un jinete prodigioso. Domar y adiestrar eran una sola y perpetua cosa. El caballo siempre aprendía, siempre respondía, siempre se aplicaba a su tarea de "andarse". Sobre el trato que el indio daba a su caballo son por demás expresivas las nociones que Hernández proporciona en *Martin Fierro*:

*Yo me le senté al del pampa;
era un escuro tapao,
cuando me halló bien montao
de mis casillas me saltó;
y era un pingo como galgo
que sabía correr boliao.*

*Para correr en el campo
no hallaba ningún tropiezo:
los ejercitan en eso
y los ponen como luz,
de dentrarle a un avestruz
y boliar bajo el pescuezo.*

*El pampa educa al caballo
como para un entrevero;
como rayo es de ligero
en cuanto el indio lo toca;
y como trompo en la boca
da güeltas sobre de un cuero.*

*Lo barea en la madrugada;
jamás falta a ese deber;
luego lo enseña a correr
entre tangos y guadales;
ansina estos animales
es cuanto se puede ver!*

Blando de boca, firme de manos, liviano de abajo, chupado de anca, el caballo del indio esquivo las vizcacheras con un extraño "radar" intuitivo, resopla y se empaca ante los cangrejales de la costa, orilla los sumideros, deja el sobrepeno rendidor para estirarse en un trote largo como chiflido de pampero, cambia el trote en galope endiablado para sacarle el cuerpo a las boleadoras y, cuando un tiro certero de "tres marías" le masea las patas, escapa a saltos igual que una liebre gigantesca. Montado en este caballo, hecho a su imagen y semejanza, el indio realiza proezas hípicas increíbles en intensidad y en extensión, en el espacio y en el tiempo. Al paso, al trote, al galope, a la carrera, en todos los aires de marcha y en todos los terrenos se compene-

tra con su flete, se instala en su clima animal, lo rige con su inteligencia teleológica, lo guía con su voluntad apredadora.

El sacerdote Florian Paucke, que estuvo entre los mocobies entre 1749 y 1767, nos ha legado inolvidables descripciones de la destreza cabalística de estos indígenas. En su relato de un simulacro de entrevero realizado para solaz (y advertencia?) de espectadores españoles puede captar, pese al desaliño de la narrativa, la plenitud agonal que se esconde tras la intención juguetona. Apenas puede imaginarse la agilidad que se veía en ellos, expresa el jesuita alemán. "En un tal entrevero y choque de caballos uno vea saltar de sus caballos a algunos, pelearse de a pie y de improviso otra vez a caballo correr hacia dentro (del entrevero)"... "A mí me parecía como si un escuadrón cruzado a golpes a través del otro; apenas habían cruzado se tornaban y venían ya a acometer por la espalda. Los ojos pudieren perderse me en la contemplación del entrevero y de la agilidad de los indios en pelear de pronto de a caballo, de pronto de a pie y en un momento de nuevo a caballo..."

Esta destreza era hija del ejercicio aplicado, de la práctica temprana de un arte integral. El citado Guinnard, al referirse a las costumbres ecuestres de los indios pampeños expresa: "La educación sería de los niños comienza inmediatamente después de la ceremonia de horadarles las orejas. Cuando llegan a su quinto año montan solos a caballo, tomándose de la crin y apoyando uno tras otro sus piecitos en las coyunturas de las patas de sus corceles; muy a menudo éstos parten como saetas y se llevan a sus jinetes antes de que hayan tenido tiempo de instalarse completamente. A esa edad los niños se muestran ya muy útiles y cuidan el ganado. Muy rápidamente se hacen expertos en el arte de arrojar el lazo y la boleadora; después aprenden a manejar la lanza y la honda; de suerte que a los diez o doce años, época en que por cierto tienen más apariencia y fuerza que un europeo de veinte a veinticinco años, terminada ya su educación, toman parte en las excursiones de las tribus y participan en sus *razzas*, en las que demuestran generalmente una temeridad y una audacia increíbles".

La paideia hípica del indio se cumple a caballo y en el lomo del mismo el salvaje encuentra su espacio vital, su hogar semoviente, su microcosmos sudoroso. Esto ya fue advertido por Mansilla: "Tienen ellos (los indios) la costumbre de descansar sobre el lomo del caballo. Se echan como en una cama, haciendo cabecera del pescuezo del animal, y extendiendo las piernas cruzadas en las ancas; así permanecen largo rato. Horas enteras a veces. Ni para dar de beber

se apean; sin desmontarse, sacan el freno y lo ponen". Tomás Lago corrobora esto en su interesante libro *El Huaso*, ensayo de *Antropología Social*, cuando dice que los indios se acostumbraron muy pronto a hacerlo todo montados y en marcha: con dos palitos (*repa*) sacaban fuego sobre la cruz del animal sin detenerse un momento; allí mismo llevaban los atados de carrizo para improvisar balsas con que atravesar los ríos en sus expediciones de guerra y montería. El lomo del animal resumió en su esquivo y móvil espacio todo el ajuar del indio de su vida cotidiana, pues como no usaba más que una manta elemental pegada al cuerpo, llegado el caso de pasar por el camino la noche, estaba preparado para dormir. El pellejo de carnero que formaba el sudadero del caballo, le servía de colchón; la telaga de harina tostada, invariablemente colgada al costado, era su repostería y el mate de calabaza, su vajilla".

Teoría del malón —

La equitación indígena tenía fines concretos, objetivos lúcidos. No era una actividad ancilar, como es la nuestra. No cabalgaba el indio sin rumbo, con distraída parsimonia y albedrío gratuito, sino que apuntaba al corazón y a las haciendas del hombre blanco, del odiado cristiano. En pelo e sobre ingeniosos recaditos de fabricación doméstica, que tan bien han descrito los cronistas, los indios brotaban desde el fondo del desierto como una manga de langostas asesinas para reivindicar las primogenitura de la tierra y de la sangre en el solar invadido por el europeo y su linaje. El malón es así el dramático manifiesto de la presencia y la protesta del indio. Es su *ultima ratio* contra el coloniaje, su rebeldía ante la frontera móvil de los pioneros republicanos, la síntesis guerrera de su personalidad básica exacerbada por la vida ecuestre. Caballo, indio y malón son la trinidad étnica de un solo peligro verdadero: el sujeto, el verbo y el atributo de una identidad visceral. En el acto del malón el indio reclama un lugar bajo el sol y le salda cuentas al descendiente del español; con crueldades nuevas paga las viejas crueldades de los conquistadores ecuestres del siglo XVI. Ahora él es también dueño del caballo, y en tácita alianza con la paleontología y la prehistoria de América reivindica sus derechos. Pero este preámbulo no alcanza para calificar y describir la trágica vigencia de los malones en el ruedo rioplatense. En un próximo artículo, por lo tanto, nos ocuparemos de los aspectos históricos, sociológicos y etnológicos de la agresividad ecuestre de las indias del sur. Será hasta entonces.

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA).



Según Florian Paucke).

Destile de indios mocobies en la reducción de San Javier. (Según Florian Paucke).